

Pared Norte del Eiger

El Eigerwand surge como un aguafiestas de las amables praderas que rodean la Petite Scheidegg: es sombrío, frío, y no desprende ninguna alegría.

Ningún glaciar, ninguna nieve eterna, lo separan del planeta: es una pared en un campo de flores. Siempre a la sombra, no participa en el gran viaje cotidiano de la tierra alrededor del sol; sólo algunos rayos iluminan su cresta y la calientan un poco. El Eiger cierra el horizonte de un paisaje tan bucólico. De 1.600 metros de altura, hundido como el pecho de un enfermo, a menudo velado por la niebla o coronado por las nubes, su vida es completamente distinta de la de las flores y los animales.

Montaña altiva, no por suprema elegancia, sino porque respira terror; hecha de placas compactas y de vías tortuosas trabajadas por el hielo, su estructura no es simple. A su pie, yacen sus despojos: inmensos bloques rocosos. Luego un zócalo le rodea sosteniendo estratos ruinosos hasta los 2.800 metros: es el tercio inferior de la pared. El tercio mediano está constituido por la zona de las tres pendientes de hielo; en cuanto al tercio superior, se alza verticalmente, como una pared dolomítica, hasta la cresta de nieve de la cumbre.

De vez en cuando, la gigantesca pared torturada por el hielo se hiende: entonces inmensas avalanchas caen por los «couloirs»; de esta forma el Eigerwand da muestras de vida, mientras alrededor los pastores de Alpíglan tocan melodías con sus cuernos y trompas.

Todo de piedra negra y de hielo vítreo, permanece en su soledad: nadie le ama.

Y sin embargo, han muerto muchos hombres por conquistarle.

Las primeras tentativas datan de 1935. Peters y Meier acaban de escalar el espolón Central de la cara norte de las Grandes Jorasses; los austro-alemanes se dirigen hacia el Eigerwand. Dos escaladores de Munich, Mehringer y Seldmeier, atacan el 22 de agosto. Cuatro días después se les ve por última

vez, escalando el tercer nevero. Luego el mal tiempo se precisa, se desencadena, se transforma en tempestad. Las caravanas de socorro no pueden partir. Cuando vuelve el buen tiempo la pared está plateada por la nieve fresca y toda huella ha desaparecido. Algunos días después un aviador se aproxima a la pared y finalmente descubre un hombre rígido, inmóvil, de pie contra una roca. Su camarada ha caído y él deberá esperar al invierno siguiente para ser arrastrado por una avalancha.

En 1936, numerosas cordadas alemanas están al pie de la cara, pero el tiempo es malo y la mayor parte abandonan. Sólo algunos jóvenes escaladores persisten: dos alemanes, Hinterstoisser y Kurz y dos austríacos, Angerer y Rainer, reúnen sus fuerzas y atacan la pared el 18 de julio. Con inteligencia, Hinterstoisser descubre el paso clave de la parte inferior de la pared; una travesía oblicua, pero que será su perdición.

El segundo día, la niebla oculta la pared. A la mañana del tercer día, una claridad permite verlos: dudan en continuar; uno de ellos está herido en la cabeza, el tiempo es gris, la víspera no han progresado sino 200 metros. Alcanzan el lugar donde murieron Seldmeier y Mehringer. Allí, finalmente, deciden, demasiado tarde, la retirada. Descienden tan lentamente que la noche les sorprende; es el tercer vivac en condiciones deplorables. A la mañana del cuarto día, llegan al paso clave, pero no consiguen franquear en sentido inverso la famosa travesía que se convierte en una ratonera.

Los guías salen en su socorro. Saliendo de la galería del ferrocarril cremallera que, a través de la montaña, va al Jungfrauojoch, Adolf y Cristian Rubi, Schlunegger y Glatard, atraviesan horizontalmente en dirección de los escaladores; a pesar de las malas condiciones llegan a un centenar de metros de Kurz que les informa de la muerte de sus compañeros: Hinterstoisser ha caído, Angerer está helado, Rainer cuelga debajo de él, ahogado por la cuerda.

La noche llega, sin que los guías hayan podido alcanzar a Kurz; pasa así un cuarto

vivac terrible. Al amanecer del quinto día, los guías renuevan sus tentativas de salvamento. Se aproximan hasta cuarenta metros de Kurz, debajo de él. Le gritan instrucciones:

—Corta la cuerda de la que cuelga Rainer.

Con gran esfuerzo lo consigue. El cuerpo cae.

—Coge la cuerda. Deshílala.

Kurz toma la cuerda, deshace los nudos helados y separa las tres fibras de la cuerda rígida.

—Une los pedazos uno a otro.

Así la nueva cuerda, tres veces más larga puede llegar hasta los guías que atan a ella material y alimentos.

Dadas las condiciones espantosas de la montaña cubierta de nieve y el agotamiento de Kurz, todo esto lleva un tiempo considerable.

Kurz tiene todavía energías para remontar todo ello e instalar su rappel. Después de horas de esfuerzo, comienza el descenso. Pero de repente, a causa de un nudo, su cuerda se atasca en el mosquetón de rappel. Los guías le animan. Una avalancha cae sobre él y sobre los salvadores; el viento le separa de la pared, cuando Glatthard, subido sobre los hombros de Rubi, llegaba casi a tocarle. Se queja varias veces y muere.

En 1937, las tentativas se reanudan, encabezadas siempre por austro-alemanes. La más importante es conducida por Rebichs y Vorg. En dos días de escalada llegan al lugar donde murieron Seldmeier y Mehringer. El alba del tercer día confirma las previsiones de la víspera: es el mal tiempo. Deciden la retirada. Después de ciento doce horas pasadas en la pared, son los primeros en regresar vivos de la parte superior de los neveros.

1938 es el año de la victoria. Pero antes, aun hay otra catástrofe: dos italianos, Sandri y Menti, atacan la pared en principio de temporada y caen víctimas de la tempestad.

En julio, diferentes cordadas de austriacos y alemanes se vigilan al pie de la pared. El 20, dos de Munich, dan el asalto: Heckmair y Vorg; vivaquean encima del segundo pilar. Al día siguiente, en el crítico momento en que deciden dar media vuelta, aparecen

dos austriacos, Kasperek y Harre, luego otros dos, Fraisl y Brankovsky. El tiempo es incierto; sin embargo los cuatro austriacos prosiguen en tanto que los dos alemanes renuncian. Al fin de la jornada, Fraisl y Brankovsky descienden a su vez, lo que incita a Heckmair y Vorg a preparar una nueva salida. Atacan el 21 al amanecer; aprovechando las huellas dejadas por los austriacos, les alcanzan hacia las once, luego, después de haber dudado un momento, se juntan a ellos relevándolos en cabeza. A las catorce horas, llegan a lo alto de las pendientes de hielo, donde Seldmeier y Mehringer encontraron la muerte. A la noche, instalan su vivac en un nicho de la gran chimenea denominada la «Rampa». Al día siguiente la escalada se hace muy difícil; al final de la jornada, el tiempo empeora, mientras los alpinistas escalan el último nevero incrustado en la parte rocosa terminal y denominado «La Araña», a causa de su forma. Falta poco para que sean arrastrados por las avalanchas. Poco después, es de noche: tercer vivac para los austriacos, segundo para los alemanes, a 3.750 metros.

Al día siguiente la pared está cubierta de nieve. Gracias a una voluntad férrea, escalan las últimas dificultades y a las 15,30 alcanzan la cumbre del Eigerwand.

A las ocho de la tarde, el pequeño tren cremallera de Lauterbrunnen nos deposita en la estación Eigerletscher a Jean Bruneau, Paul Habran, Pierre Leroux, Guido Magnone y yo. En un santiamén, nuestras mochilas hinchadas de material llenan el restaurante vacío de la estación. Después de haber cenado, el guardián nos acompaña al dormitorio; en el umbral de la puerta, antes de irse, nos pregunta:

—¿A qué hora debo despertarlos?

—A las dos.

Adivina nuestras intenciones y nos dice:

—¿Van ustedes al Eigerwand?—. Y sin esperar respuesta, sonriente y triste a un tiempo, sin consultar el cielo ni el viento, añade:

—Si van al Eigerwand, el tiempo se va a estropear. Es una tradición.

No creemos nada y seguimos formando un alegre equipo, tal como habíamos partido

de Chamonix. Escogemos el material y los alimentos para la ascensión, cada uno prepara su mochila y nos acostamos.

Son siempre extrañas las noches que preceden a las grandes batallas. Somos cinco, estábamos alegres hace un momento; pero ahora, antes de encontrar el sueño, cada uno piensa, en silencio, en la inmensa pared, que está allí, muy cerca de nosotros, indiferente.

Mañana, ¿tendremos más suerte que en nuestra primera tentativa? Hace quince días ya venimos Leroux y yo. La forma era excelente; sabíamos que para esta ascensión, más que para ninguna otra, es preciso ir aprisa, pues la tempestad tradicional puede abatirse de improviso sobre la pared con violencia inusitada y es imposible preservarse de ella. En tres horas, habíamos franqueado el tercio de la pared, comprendida la famosa «travesía Hinterstoisser», cuando de repente, unas brutales caídas de piedras han frenado nuestro avance. Hemos estudiado de donde venían. Caían de mil metros más arriba, de la arista cimera, recalentada por los rayos del sol. Hemos esperado en la esperanza de que cesen, no caían continuamente, pero sí, muy a menudo. Por un momento nos hemos dicho:

—Ensayemos, veremos lo que sucede. Otros han pasado en condiciones semejantes. ¿Podremos volver otra vez? Somos guías los dos y tenemos contratos.

Ah... la tentación de pasar a toda costa...

Hemos dudado. Luego, hemos renunciado.

Sentimos como el niño que se ve privado del juguete que prefiere. Luego hemos experimentado una gran paz interior, conociendo una virtud distinta de la conquista de una gran montaña.

Es de esperar que mañana haga mucho frío y que no haya caídas de piedras. El alpinista puede ensayar a vencer una dificultad, aunque sea de sexto grado, pero contra un peligro que no depende de él, no puede nada. Todas estas ideas me preocupan esta noche impidiéndome dormir. Sin embargo después de esta tentativa nos hemos preparado con suerte. Pierrot ha hecho la Walker, Guido la cara oeste de los Drus, Jean está en gran forma, Paul y yo estábamos en las Grandes Jorasses hace unos días. Estas ascensiones conseguidas son por otra parte la razón por la cual, en lugar de ser dos, somos cinco

esta vez para el Eigerwand. Cinco, es mucho para una tal ascensión pero la práctica del alpinismo ¿no es ante todo un pretexto para la amistad?

Y mientras me duermo, feliz, pienso en las Grandes Jorasses, donde hace unos días conduje a Paul.

Al pie de la Walker, durante los primeros largos de cuerda, estaba impresionado, me lo ha confesado más tarde. Es normal, y para su propio placer estaba muy bien que así fuese. Luego, poco a poco, la duda ha desaparecido; en su puesto ha nacido una alegría grave y ligera. Yo sabía que la travesía de las bandas de hielo era delicadamente aérea, que poco después, la vista sobre el diedro de setenta y cinco metros era fantástica y que su escalada correspondía bien a las cualidades físicas de mi compañero. Yo no decía nada, pero cada vez esperaba su sonrisa. Sabía que, habituado al calcáreo de las Ardenas donde va cada domingo a entrenarse, le gustaba la escalada fina, y pensaba: «Las placas lisas de la Torre Gris van a gustarle». Más arriba, yo me decía todavía: «Paul no ha pasado jamás una noche en una gran pared, pero ama demasiado la naturaleza para no apreciarlo».

Un poco antes de la caída del día, a 4.000 metros, habíamos instalado nuestro vivac. El aire vivo prometía buen tiempo. Hacía frío. Una gran paz reinaba sobre la tierra y en el cielo.

El sol doraba ya el planeta cuando nos despertamos; la escalada se reanudó como un himno a la vida. Paul era feliz. Yo me sentía bien. Para mí las Jorasses eran nuevas. No había venido a revivir un recuerdo. Mi placer no era el de descubrir y escalar; era en la alegría de mi compañero y en mi alegría de tener uno de los oficios más bellos del mundo.

¿Por qué mañana, no tendríamos la misma suerte?

A las tres de la mañana abandonamos la estación Eigerghletcher, no deseando sino una cosa: el frío, que promete una bella jornada y retiene las piedras en su base de hielo. Una hora después en la base de la pared, hacemos los gestos venerables mil veces repetidos, sacar la cuerda, desplegarla, encordarse, comenzar a trepar. Nuestras dos cordadas, en buena forma, progresan a viva

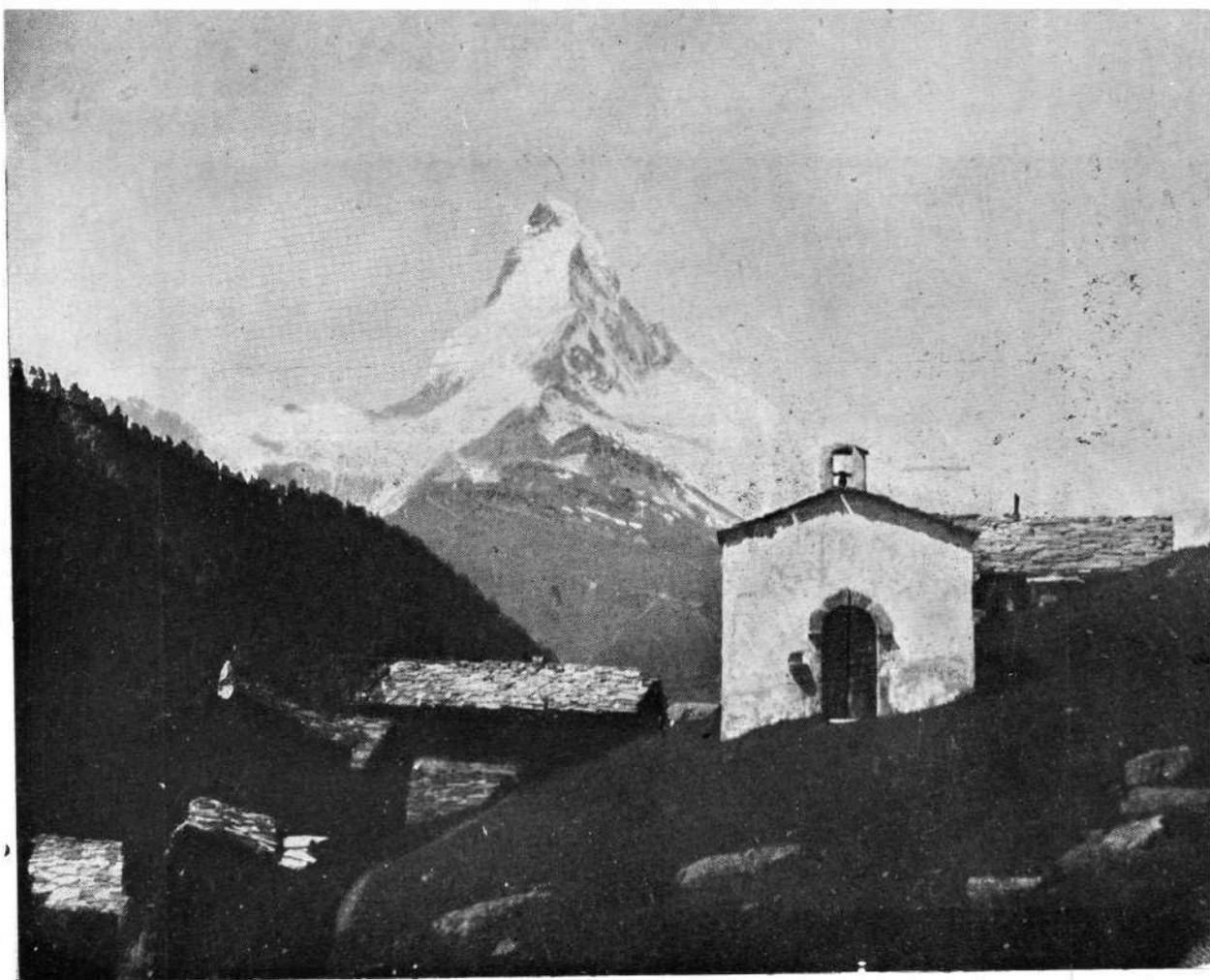
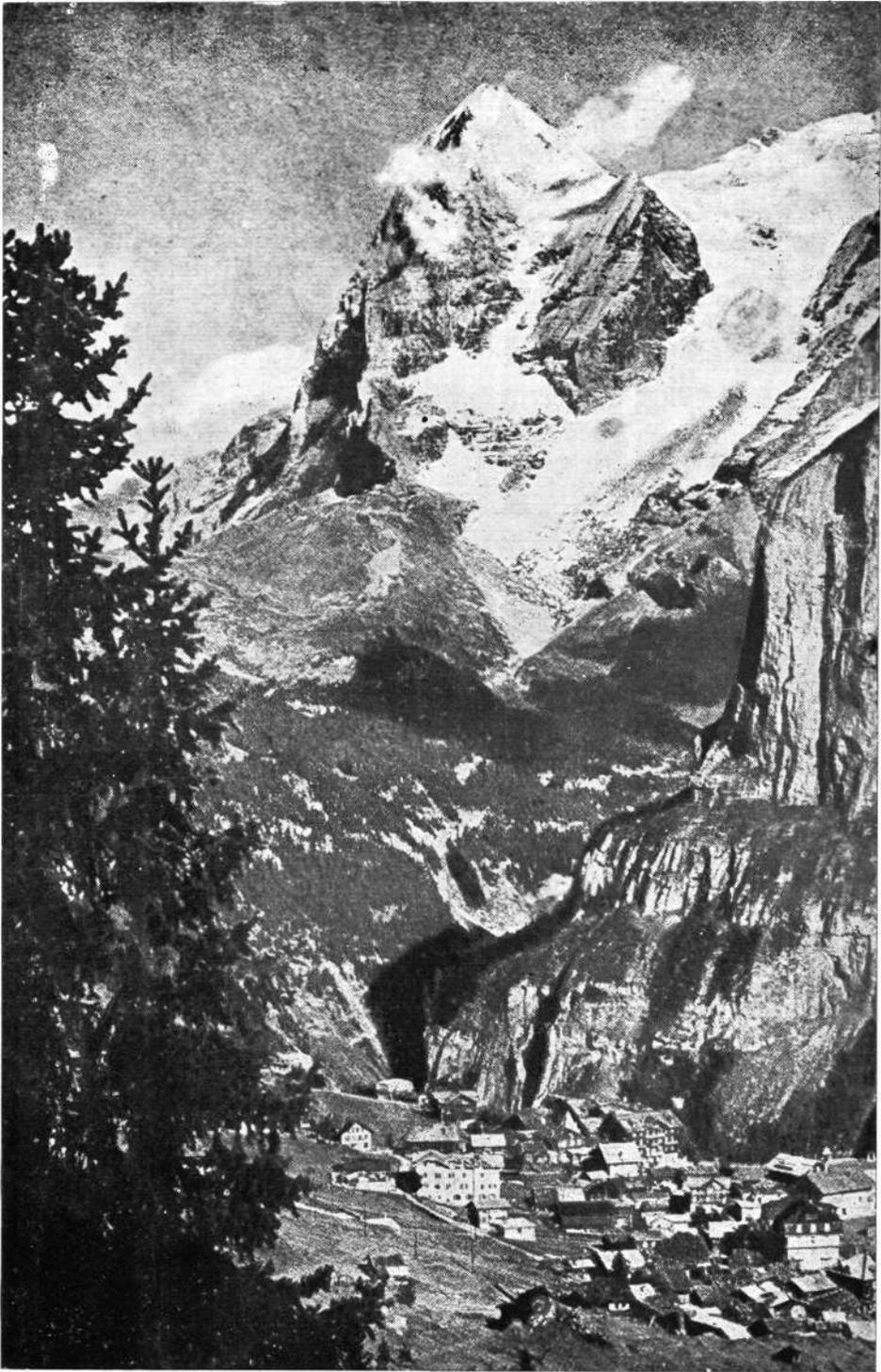


Foto A, de Sopeña

*Capilla de Nuestra Señora de las Nieves y el
MATTERHORN del Valais, arista de Hörnli.*



EL EIGER

velocidad; sabemos que en esta pared rapidez equivale a seguridad.

A las seis llegamos a la «travesía Hinterstoisser». A pesar de un ligero «verglass» la franqueamos rápidamente: Leroux y yo la conocemos bien por haberla escalado en los dos sentidos hace quince días, en ocasión de nuestra tentativa.

Pero de repente, por encima de mí, oigo voces. No es posible... Rápidamente me elevo y una cuarentena de metros más arriba, veo efectivamente dos alpinistas, y luego otros dos.

¡De modo que en esta pared tan raramente escalada, somos nueve! Ni en el tiempo de las tentativas había habido tanta gente a la vez en la cara.

Paul me alcanza. Desanimados, nos detenemos para reflexionar y ver escalar a las dos cordadas que nos preceden: progresan muy lentamente; aun muy temprano las hemos alcanzado, en tanto que ellos han vivaqueado una vez en la pared.

Nuestra alegría se ha zafado. El placer de estar solos y el interés de encontrar el camino, ya no existen. Seguir a estas dos cordadas va a ser poco agradable. Se acabó la rapidez. A menos que nos dejen pasar. Más de una vez, he cedido el puesto a cordadas más rápidas o más apresuradas que la mía.

Vamos a ver. Reanudamos la escalada y alcanzamos a los cuatro alpinistas; estamos exactamente dos largos de cuerda encima de la travesía Hinterstoisser. Nos damos a conocer mutuamente. Delante de nosotros, dos hermanos alemanes, muy jóvenes: Otto y Sepp Maag; con la mano nos señalan a los otros dos escaladores: Buhl y Jochler, austríacos. Conociendo a Buhl de nombre, saludo alegremente al primero, pero es el segundo quien me responde, y me asombro de ello.

Poco después, Paul Habran y yo manifestamos a los alemanes que nos preceden nuestro deseo de pasar. En vano.

No insistimos pues de todas formas, detrás de nosotros Jean Bruneau, Pierre Leroux y Guido Magnone, por el hecho de formar una cordada de tres, no podrían seguirnos.

Continuamos. Y más arriba, sobre la segunda pendiente de hielo, seguimos a distancia, pues, sin duda alguna, estos dos jóvenes alemanes aman la montaña y el Eigerwand, pero su técnica de crampones deja mucho

que desear. No han atacado con Buhl y Jochler, pero muy contentos de haberles encontrado en la impresionante pared, se acogen a sus pasos como perros fieles. Su equipo es rudimentario. Ni ellos, ni los austríacos, tienen vestidos calientes, si suficientemente largos: pantalón de tela o paño fino, anoraks ligeros. Y en tanto esperamos, nos causa cierta vergüenza ponernos nuestras buenas vestimentas. Sepp está calzado con zapatos de esquí y sus medias demasiado cortas no alcanzan el Kniker; ciertamente, es muy simpático que estos dos jóvenes hermanos, de 18 y 23 años, hayan deseado escalar el Eigerwand, pero tienen un material de escuela de escalada. Delante, Jochler tiene más «pinta»: coronado por un curioso pasamontañas, armado con su piolet, tiene el aire de un lansquenete (soldado antiguo).

Hacia mediodía llegamos al pequeño balcón donde murieron Seldmeier y Mehringer en 1935. ¡Ya mediodía! Cansados de seguir, nos detenemos y lentamente, comemos. A la mañana, al atacar la pared, habíamos pensado vivaquear no lejos de la cumbre. Cuando hemos alcanzado a los austro-alemanes, hemos pensado que ya no sería posible. Ahora tenemos la certeza. Que los dos jóvenes alemanes no sean rápidos, es comprensible, pero no nos explicamos la lentitud de los austríacos: Hermann Buhl tiene una gran experiencia, ha escalado la Walker en condiciones difíciles, tiene fama de rápido, y hasta el presente es más bien a Jochler a quien habíamos visto en cabeza de la cordada.

Esperamos. El tiempo precioso, se vuela, desperdiciado. En esta pared siniestra y mortífera, donde todo, hasta estas clavijas oxidadas, estas cuerdas podridas, datan del tiempo de las tentativas, este muro de piedras secas que nos rodea mientras comemos y que protegió un poco la última noche de Seldmeier y Mehringer antes de morir sobre esta plataforma y ser arrastrados más tarde por las avalanchas, todo parece recordarnos que desde el momento en que no se avanza hacia la cima, la victoria y la seguridad están comprometidas. Más que una impresión penosa y deprimente, es una realidad. Se ve uno perdido en el hueco de esta pared cóncava y demasiado extensa, donde la ruta es tortuosa; se pierde ya la tercera parte de

tiempo en travesías horizontales en las que no se gana ni un metro de altura.

Volvemos a partir. Atravesamos el tercer helero y llegamos a la «Rampa», este escarpe rocoso que sube oblicuamente hacia la izquierda. Los austriacos y los alemanes están allí, de nuevo, esperamos.

Seguimos sin apresurarnos. Si los primeros largos de cuerda son fáciles, sabemos que más arriba hay un estrangulamiento delicado donde nos será preciso esperar de nuevo. Nos detenemos sobre un ligero rellano, luego, viendo que esto no avanza casi, vamos a ver. A la derecha del estrangulamiento, Buhl batalla, clava pitones, vuelve, vuelve a partir.

El paso es sobre la izquierda, pero, recubierto de «verglass», sin duda Buhl ha querido evitarlo. A penas un poco a la derecha, es posible pasar como lo hicieron Lachenal y Terray en 1947, pero Buhl ha ido demasiado hacia el costado.

Alcanzamos a los alemanes al pie del estrangulamiento. Justo en este momento, algunos rayos de sol dan en la cresta del Eigerwand, vienen a calentar la pared y hacen fundir el «verglass». Pero la cosa no mejora pues el estrangulamiento es ahora recorrido por una pequeña cascada proveniente del agua del deshielo de un nevero situado treinta metros más arriba.

Nuestros camaradas Bruneau, Leroux y Magnone llegan, y volvemos a ser un alegre equipo; a pesar de todo. Una cordada de dos puede tomarse las cosas en serio, pero cinco franceses, a pesar de la pared siniestra, la espera continua y la promesa tradicional de mal tiempo, no pueden poner cara dramática. Bruneau es quien reparte la alegría.

Jochler ha alcanzado a Buhl que se lanza en una travesía acrobática todavía más a la derecha. Tengo la seguridad de que se ha metido donde no hay salida y que el único camino es la cascada. Los alemanes dudan. Pero cuando yo avanzo para escalar esta cascada, se deciden.

Sepp ha atacado y con gran esfuerzo consigue franquear el obstáculo.

En el momento de escalarlo a su vez, su joven hermano Otto se vuelve hacia mí y sin decir palabra —no habla el francés, yo no entiendo el alemán— con una sonrisa, me tiende el extremo de la cuerda. No compren-

do. Me hace señas de encordarme. Estoy asombrado y un poco desarmado. Un instante, vacilo, luego tomo la cuerda y la anudo alrededor de mi cintura. Y Otto parte visiblemente feliz de que yo no haya rechazado su gesto de fraternidad.

Ataco a mi vez. El paso no es extraordinariamente difícil pero se sale de él mojado.

Paul me alcanza rápidamente. Luego llegan Buhl y Jochler que han abandonado su tentativa sobre la derecha. No han utilizado la cuerda de los dos jóvenes alemanes y éstos parecen decepcionados por esta pequeña muestra de orgullo. Y mientras doy un «pull-over» al mayor, que ante mi asombro, no lleva sino una camisa ligera y un anorak de esquí, Buhl y Jochler, de repente, rápidos como el aire, pasan sin decir nada y se precipitan sobre el pasaje siguiente para recuperar la cabeza.

Treinta metros más arriba es el fin de la «Rampa». Desembocamos sobre un nevero empinado en el centro de un anfiteatro. Es tarde. Cada equipo busca un emplazamiento de vivac. Los austriacos y alemanes, que han subido demasiado alto vuelven a descender. Por nuestra parte preparamos una vaga plataforma. Para allanarla un poco Magnone maneja el piolet con frenesí. Leroux, siempre ingenioso, construye un muro con piedras; coloco clavijas para asegurar el equipo. Habran habla, y cuando puede, Bruneau coloca una palabra. Entonces todo el mundo ríe.

Veinte metros sobre nosotros, los austriacos y los alemanes cada uno en su rincón, están silenciosos y un poco tristes.

La noche desciende sobre la montaña. El coro de los Alpes se ha interrumpido. El resplandor de las últimas luces se diluye en el cielo. Leroux prepara los alimentos que pasan de mano en mano. Habran, citando a su autor preferido, nos dirá: «Gozaban de una inseguridad muy suculenta». Está bien ésto. La amistad nos calienta y anima. Y estos cigarrillos, fumados a cielo abierto, sentados en nuestros sillones de piedra, tienen un sabor incomparable.

Durante la noche, varias veces, me despierto. Estoy sorprendido e inquieto de que no haga frío. Las estrellas parecen al alcance de la mano, la Vía Láctea brilla demasiado crudamente.

Más tarde, de nuevo me despierto: el aire está húmedo; debería estar seco y glacial.

Más tarde aún, un ligero velo se dibuja hacia el Oeste, las estrellas se ocultan y nos abandonan.

Y al amanecer, el día sucede a la noche, por rutina, sin alegría. Cargamentos de pesadas nubes surgen de detrás del horizonte. El cielo negro avanza hacia nosotros y se desborda.

Recordaré siempre este amanecer triste. Ayer atacábamos el Eigerwand con un tiempo espléndido; pero, esta mañana, no es sino un trampolín sobre el vacío. . .

¡La tradición!

Sin duda, no se puede estar seguro y cierto de haber hecho el Eigerwand, sino con la condición de ser sorprendido en él por una seria tempestad.

Estamos a trescientos metros de la cumbre, pero con numerosas travesías intermedias. Esta pared es una ratonera, lo sabemos. Todos los que cogidos por la tormenta, han intentado descender, murieron: la salvación está hacia la cumbre. Pero, en el fondo ¿por qué hablar de ésto? Ninguno de nosotros piensa en ello, y cada cual se prepara a comenzar la escalada.

Los austríacos acaban de salir, los alemanes siguen, encordados a ellos. No nos apresuramos, pues muy pronto será preciso esperar. En lugar de pasar como ellos por la roca, tallo la pendiente de hielo y experimento un maravilloso sentimiento de libertad: hacer mi camino.

Poco después alcanzamos a los alemanes. La pared es de color de cera. Y en el instante que Jean Bruneau dice: «Esto va a levantar y despejarse», comienza a nevar.

—Voy para arriba—, le digo a Paul que me asegura.

—Vete, y que no se te mojen las cerillas.

La escalada es difícil a lo largo de un pilar vertical; la roca helada se cubre de nieve que el viento del oeste trae en gruesos copos. Pero soy feliz de pasar a la acción. La espera y la amenaza eran penosas; ahora sabemos a qué atenernos y, en fin de cuentas, la tormenta no es tan desagradable. Forma parte del Eigerwand. Se va a desarrollar el juego, no es la primera vez. Esta-

mos en gran forma. Lanzo una mirada amistosa a Jean Bruneau, último de la caravana: cuatro largos de cuerda detrás de mí; hasta la noche no nos veremos ya.

Bajo su cubierta de nieve, el calcáreo hiela los dedos. Después de un trozo relativamente fácil, el pilar se bombea como una panza. Calculo mi avance sobre el de Otto; cinco metros por encima de mí, trepa un poco rabiosamente, tratando de hacerlo aprisa. He aquí una clavija dejada por los primeros ascensionistas. Paso un dedo por ella, para sostenerme. De repente oigo un ruido. Levanto la cabeza: un bloque grueso como una piedra de construcción, acaba de ceder bajo los pies de Otto. Mi dedo se anuda a la clavija. Suspendido de este dedo basculo hacia la derecha para esquivar el bloque. Pero encima de mi cabeza, rebota, se fracciona, y me alcanzan algunos pedazos.

Mi cabeza da vueltas. Todo se oscurece alrededor de mí. . .

Mi dedo aferrado al pitón, no se ha abierto. Pero me hace mucho daño, parece cortado.

Poco a poco, el orden se establece alrededor de mí. Siento deslizarse la sangre por el rostro, y como un gran peso sobre los hombros. Miro mi dedo, aún en la clavija. Experimento cierta alegría y una especie de gratitud por no haberse abierto.

De lo alto, los alemanes me envían una cuerda. Instintivamente me anudo y reemprendo la escalada. Un poco de sangre que cae de mi cabeza enrojece la roca nevada. Tengo daño en el codo derecho. Con gran esfuerzo, llego al relevo donde encuentro a Otto y a Sepp afligidos por este accidente. Aseguro a Paul, me alcanza. Poco después, siento un gran consuelo en tenerlo a mi lado. Sigue nevando.

Los alemanes, encordados desde esta mañana a los austríacos, prosiguen la escalada. Desde aquí, es preciso hacer una travesía horizontal sobre cuatro largos de cuerda para alcanzar la última pendiente de nieve incrustada en la pared: la «Araña».

Descanso un momento; luego, recuperado el ánimo, continúo. Ya no veo a los alemanes: la visibilidad está limitada a algunos metros, el techo de nubes nos oprime, se apoya sobre la tierra y la ahoga. Todo está blanco: la roca, Otto delante de mí, al cual

acabo de alcanzar, Paul detrás; los otros han desaparecido ocultos por este muro blanco que forma la nieve al caer espesa, inagotable.

Esta mañana era casi feliz de que la tormenta tradicional acabara por estallar. Ahora, la cabeza pesada, el codo anquilosado, avanzo sin entusiasmo. No pongo corazón en la tarea. Aquí, el infierno es blanco, silencioso y frío. El cuerpo está descontento; la nieve se mete por las muñecas y por el cuello, los dedos se sienten torpes, los pies se hielan, las ropas mojadas forman un caparazón que cruje. Adivino en mis camaradas los mismos pensamientos, las mismas inquietudes que en mí. Y también en los alemanes y austriacos. La pasta humana siempre es la misma.

Pero poco a poco el hombre se adapta, es su oficio. Espectador de un mundo inhabitual, poco a poco este mundo se transforma en el suyo. Y he aquí que ante este despliegue de obstáculos, nacidos de la unión de la montaña y de los elementos, siente surgir en sí mismo una potencia, un equilibrio y una fraternidad que posee, en reserva, en el fondo de sí mismo, un poco ocultos y adormecidos y que ahora se revelan. Entonces, hace frente a todo. Enseguida los movimientos no tienen nada de espontáneos y el hombre sufre bajo el esfuerzo. Hace frío. La nieve cae, el viento nos molesta, pero henos aquí ante un paso más difícil, un saliente entre la repisa y la «Araña»; poco a poco encontramos la vía. Poco a poco un calor nos invade: una fuerza incorruptible se desliza en nosotros y hay que distribuirla convenientemente contra el viento, la nieve y el frío. No es una exaltación de algunos instantes. El hombre descubre que este frío, esta nieve, este viento, no son enemigos sino obstáculos. Gracias a esta fuerza, consigue las cosas más atrevidas, con prudencia.

Las avalanchas continúan sin parar. Mirando bien, apercibimos que el «couloir» que las canaliza está interrumpido como formando un trampolín. Lo aprovechamos para deslizarnos por él. Por un momento, el primero desaparece de la vista de sus compañeros, se debate, sus dedos se aferran a la roca. Esta estrecha repisa contiene la vida. Y del otro lado, surge la masa de nieve que no cesa de caer.

Para disminuir el peligro, Otto me da su cuerda y me pide que le asegure. En este momento los elementos están particularmente desencadenados: las avalanchas se deslizan a un ritmo increíble. Llegado a un lugar menos expuesto, él me asegura a su vez. Así, atravesamos hacia la mitad de la pendiente de hielo de la «Araña», ligeramente bombeada, está menos expuesta que las orillas. Pero cincuenta metros más abajo ¡qué agujero!

Los islotes humanos van a la deriva, lentamente, hacia lo alto. De vez en cuando un alud resuena en el «couloir». La larga cordada escalonada a lo largo de la pendiente se crispa sobre el cristal del hielo; cada uno se bate en silencio, hasta el fondo de sus fuerzas, para no ser despeñado.

Nos hacen falta horas para elevarnos seis largos de cuerda. Cien metros encima de mí: Buhl. Cien metros debajo: Bruneau. Gran batalla, a la vez individual y colectiva. Cada uno de nosotros, y al mismo tiempo la cordada avanza imperceptiblemente.

En lo alto de la «Araña», el itinerario normal está obstruido por las avalanchas y los austriacos han tenido que pasar cuarenta metros a la derecha. Pero en el tiempo en que avanzo dos largos de cuerda y llego a mi vez a las pendientes de hielo donde estaba Buhl hace una hora, las avalanchas han cesado. La calma ha vuelto. Entonces, cansado de esperar y seguir, me desencordo de los alemanes, unidos a los austriacos, y tiro por la izquierda, según la vía de los primeros escaladores. Tallo vigorosamente algunos escalones y experimento una gran alegría. Al cabo de un largo de cuerda, coloco un pitón: cosa rara en este calcáreo helado, canta a medida que lo coloco y me maravilla: se sostiene solidamente. Habrán me alcanza. El «couloir» sigue pacífico; lo alcanzo y lo atravieso. Es reluciente como una pista de «bobsleigh» enderezada casi hasta la vertical. Me elevo todavía algunos metros. El resalte rocoso por encima de mí, es empinado y recubierto de hielo, pero no imposible y además, dos clavijas dejadas por los alpinistas de precedentes ascensiones, deberán facilitar la salida. Más arriba la pendiente se suaviza.

Traducido del original «Etoiles et Tempêtes» de Gastón Rebuffat por Julio Llanos del Club Deportivo de Eibar.

(continuará)